

# MUERDE

## de Francisco Lumerman

*Un espacio que en algún momento fue un taller,  
un galpón, ahora René vive acá.*

RENÉ

Puedo pasar muchísimos días sin emitir sonido. Ni esto. (*Hace un sonido.*) Han pasado muchísimas horas sin que yo hiciera ni siquiera el ruido que se hace generalmente cuando se está por hablar. No sé cómo se llama ese ruido. El de tomar aire y preparar la garganta. (*Hace el ruido.*)

Desde chico que soy así, callado. Eso siempre me decía él: vivir con vos es como vivir con perro mudo, ni ladrás, ni saltás, ni movés la cola, ni llorás.

Morder si mordía, pero él no se enteraba porque mordía cosas, personas que no eran él, o a mí mismo.

Cuando repetía mucho lo de perro mudo yo pensaba: perro mudo muerde fulero y te voy a hacer sangrar, pero nunca pasó de eso, de un pensamiento que me asaltaba y todavía no podía controlar.

Seguro fue por eso que él se fue, por mi mudez. De tanto que me quedé callado, se pudrió y se fue. Tampoco es que él tuviera la obligación, si mamá se había ido él también se podía ir.

Estoy soltando bastante los pensamientos, no lo hago casi nunca, porque si no hacen lo que quieren.

Aprendí a controlarlos. Me resulta más fácil cuando no hago nada, que igual es la mayoría del tiempo, porque cuando me concentro en otra cosa me sorprenden así. Sin aviso. Me traicionan y se van para donde se les canta.

No me convence lo me contesto de por qué se fue. No es que no encuentre la respuesta por tonto o lento, no la encuentro porque no la hay. Puede ser eso. Muchas veces uno hace cosas que no puede explicar.

Tampoco me pasa mucho, pero cada tanto sí.

Y ahí soy como perro salvaje al que se le suelta la correa en medio del campo y empieza a correr.

Cualquier cosa hago.

Cosas que no quiero hacer.

Cosas que no pienso que voy a hacer.

Cosas que nadie pensaba que yo era capaz de hacer.

Ni él.

Cuando digo él, debiera decir papá o padre pero siento que hay como una mentira ahí.

Que es así, pero que, no al mismo tiempo. Por eso me sale él.

Siempre decía que se había acostumbrado a estar con perro mudo. Yo sabía que en el fondo a él le gustaba porque su nueva mujer hablaba hasta por los codos.

La vi poco yo para dar fe de que sea así, pero me ha pasado estando acá adentro escuchar la voz de ella que pasaba por la calle diciendo no sé cuántas palabras todas juntas y sin respirar. Más de las que yo puedo pensar, muchas más de las que podría contar. Esa tardecita cuando ella pasaba abrí la ventana y la mire desde atrás. Tenía la forma de una bolsa llena, chiquita arriba y se iba ensanchando para abajo. Y ahí se me vino nomás: bolsa de palabras. Para adentro me reí.

Tantas palabras juntas, para tratar de decir, de poder hablar con el otro, yo eso entendí rápido, uno habla pero no habla con el otro, es muy difícil eso, por eso yo ni me gasto en hablar.

Con Rosa, sí.

Freno.

Grandote siempre anda con el mismo pantalón de jean. Se debe comprar todos iguales porque siempre los tiene nuevos. Yo también siempre ando con lo mismo. Sucio. Grandote es hijo de él y de bolsa de palabras.

Rosa se enoja: decí mi hermano.

Mitad hermano porque madre no compartimos, digo yo.

Igual, dice Rosa, con que sea medio alcanza para decir hermano, y empieza a nombrar a todos los medio hermanos del pueblo que me doy cuenta que son cantidad.

Cuando Rosa me habla, de la boca le sale olor a rosa.

Me río para adentro.

La extraño yo.

Extraño reírme para afuera.

Freno.

Él nunca cuando hablaba de Grandote me dijo tu hermano.

Decía Grandote. Parecidos somos. El más músculo y la cabeza llena de rulos.

Mucho más no sé, la verdad, porque bolsa de palabras y grandote no me quisieron cerca, ni en Navidad, ni en mi cumpleaños, ni un día cualquiera, ni nunca.

Yo insistí; pero también es bueno saber en qué momento no se puede andar mendigando más.

No por orgullo, que Rosa dice que yo nunca tuve, si no porque no se consigue nada.

La última vez que fui era una noche que me daba miedo quedarme sólo acá. A los diez años uno es chico para quedarse sólo de noche, eso Rosa siempre me lo repitió. Yo dormía igual que ahora, en el colchón acá. Ojos de búho porque no podía dormir. Esa noche me puse los zapatos y así con pijama corrí las dos cuerdas hasta llegar adonde vivía él. Casa de dos pisos, pintada, cerco barnizado. Una casa bien. Como no llegaba al timbre empecé a golpear la puerta o la ventana para que me vinieran a abrir, tiré piedritas, ramas, lo que encontré me lo puse a revolver. Hasta grité. Susto me pegué de cómo salía mi voz, no me acordaba de cómo se escuchaba mi voz. Un miedo por escucharme la voz que se me escapó un chorrillo de pis.

¿Por qué no la usaba?

Eso yo no sé.

Estaba parado apretando las piernas para que no se me escapara más. Manchita, el perro tuerto y chiquito que habían adoptado, después de mi grito empezó a ladrar. Seguro va a despertarse alguno. Miré para arriba y vi en la ventana de arriba la maraña de rulos que se volvía a meter. Grandote seguro me va a abrir. Pero no. El cielo que andaba encapotado, empezó a tronar. Perro mudo muerde fulero y la reputísima madre que los parió hijos de puta por no dejarme pasar. Volví para acá y asustado como andaba aflojé las piernas y me empapé del meo. No me podía dormir. Miré la lluvia por la ventana hasta que salió el sol.

Al otro día cuando él vino a trabajar ninguno de los dos dijo nada. Me acarició la cabeza y me preguntó: ¿dormiste bien? Y yo un movimiento de cabeza que él entendía como un sí.

Aplaudía, movía las manos rápido y decía: muy bien, hay que estar despejado para poder trabajar. Y después de cebarle los primeros mates empezábamos a serruchar, a clavar, a lo que hubiera que hacer. Andábamos todo el día juntos y yo estaba bien. Hasta que a eso de las siete él frotaba las manos y decía: Hasta acá. Se ponía su gorra, fumaba un cigarrillo, me dejaba la caja con comida y se mandaba a mudar.

Como a la escuela ya no iba no tenía nada que hacer cuando se iba él. Entonces a veces me quedaba y seguía trabajando hasta la hora de comer.

Y en esos momentos fue cuando me perfeccioné en tener el control. De mis pensamientos. Porque si no a la noche me empezaba a asustar.

Lo de la escuela fue un error, Rosa siempre me decía así y a la larga parece que tenía razón. Aunque quedaras siempre en tercer grado un poquito más ibas a aprender. Pero él decía que no, que la maestra le había dicho que conmigo era perder el tiempo, que era tonto y que me iba a frustrar.

Y Rosa decía que no, que para algo la maestra había estudiado y tenía que arreglárselas, pero se ve que Rosa tiene demasiados pensamientos buenos para vivir acá.

Andaba siempre de pollera, en invierno también. Así estaba cuando culié con ella la primera vez. Medias de muchos colores que se las saqué yo todo atolondrado de las ganas de culiar. Ella también, en este colchón.

Esa cosa grande no me va entrar.

Le entro y se rió.

Yo también.

Freno.

*(Todavía le queda sangre en las manos se da cuenta y vuelve a lavarse en silencio. intenta más fuerte. Prueba con toalla también. No logra que la sangre pueda salir.)*

Lo de culiar lo aprendí yo solo.

En el día de la patrona. Todas te empiezan a gritar, que sabes cómo te voy a dejar, te va a quedar finito, te lo voy a gastar.

Las cosas que dicen. Borrachas todas.

Él siempre decía falta poco para la patroncita y le brillaban los ojos.

Un día, andaba con barba yo, mientras trabajábamos acá sacó de su mochila una camisa, un pantalón, que ahora sé de fija que era de grandote, y un calzoncillo azul. Lavate bien y afeitate que ahora en un rato vamos a salir.

Termino este ataúd y a la puerta.

Tenía ganas de preguntar muchas cosas, pero no.

Crucé hasta el bañito, había sol pero el viento estaba frío. Prendí la manguera y me empecé a lavar todo el cuerpo. Hacía mucho que no lo hacía, ni bañarme ni sentir el sol.

El agua no salía muy caliente así que me apuré, me puse la ropa y volví a sentarme cerquita de él.

Así más lindo sos me dijo cuando me vió. Se escupió la mano y me peinó. Volvió a repetir: así más lindo sos.

Caminamos rápido y llegamos a la plaza. Yo transpiraba en el camino pensando que bolsa de palabras y grandote nos podían ver. Pero se ve que me entendió el pensamiento, y aclaró: no están. No le gusta la fiesta a ella, una negrada le parece,

Así que se llevo a Grandote, hasta mañana no van a venir. Yo le dije de quedarme para traerte a vos. Los ojos le volvieron a brillar.

Llegamos a la plaza y estaban varias ahí. Fumando alrededor de un árbol, mamadas ya. En eso se nos vienen corriendo a los gritos agudos, se empujaban, unas locas, me acuerdo que adentro del pulóver me empecé a transpirar...

Primero le fueron a él, pero me parece que les hizo una torcida de boca, y nomás me encararon a mí. Y me empezaron a dar besos entre todas, bah una vez cada una, me

daban besos primero de labio, después de lengua, y después me sacaron el pulóver, la camisa y después...

Borrachas estaban.

Me acuerdo que yo tenía frío en la espalda del pasto pero que ni me importaba, que me iba a importar...

Unos melones tenían, todas.

Qué melones.

Qué borrachas.

De a una se me iban subiendo con mucha velocidad, ni bombacha tenían. Cuando pasaron todas agarraron su ropa y a los gritos como vinieron empezaron a correr. Se fueron nomás.

Yo me quedé ahí acostado mirando el cielo. Hasta que apareció él. Se había quedado escondido y después de ayudarme con el pantalón, porque yo no me apuraba, me preguntó: ¿Una chanchada, no?

Vergüenza me dio de que me vea así.

La espalda toda picada, pasto en el pelo, por todos lado bah.

Una chanchada.

Eso que usted hizo se llama culiar.

Volvimos para acá, en algún momento pensé que como no estaban me iba a llevar a la otra casa, pero no. Llegamos acá. Me dejó una cerveza y me dijo que aprovechaba que no estaban y volvía a salir.

Que ahora que había culiado, lo iba a entender.

Rosa dice que es feo que le diga culiar.

Siempre que venía repetía: Si decís eso me enojo y me voy.

Desde la escuela que era así, cuando algo le molestaba me lo decía nomás.

A ella le gustaba mi voz.

Yo hablaba con ella. Le escribía poemas y aunque me diera vergüenza me los hacía recitar. Y toda la cara roja, de la vergüenza que le daba. Igual cuando andaba desnuda acá.

Ella venía así, sin avisar. Golpeaba la puerta suave y yo corría a abrirla para que no la vieran entrar, en el pueblo todos hablan y ella eso quería evitarlo.

Bien de noche venía y antes de que saliera el sol se mandaba mudar. Cuando estaba ella soltaba los pensamientos y quería abrazarla y casarnos y que nos tiraran arroz, que ella me había dicho que es la manera que la gente te desea la felicidad.

Ella tenía unas manos chiquitas que daban ganas de cuidar. Nos hacíamos cosquillas arriba del colchón, nos enrulábamos en la sábana, nos poníamos a gritar, y lo más lindo de todo cuando empezábamos a morder: la almohada, sus piernas, la ropa. Nos mordíamos todos cuando estábamos meta culiar.

Para que no se escuchara afuera hacíamos así. *(Se muerde el brazo.)*

A ella siempre después le gustaba fumarse un cigarrito como le decía ella. Se sentaba callada y me empezaba a mirar con los ojos bien negros así. Yo le daba las gracias y después de eso ya no dejaba que la abrace.

Apagaba contra la ventana, un beso de pasada y se iba.

Cuando me despertaba a veces no sabía si había venido o si lo había soñado nomás.

Esos ojazos no me los voy a olvidar.

Yo creo que nunca de nada de ella me voy a olvidar.

Freno.

*(Mira la sangre.)*

Como si me hubiera salido desde adentro y la tuviera pegada acá. No la puedo sacar.

Como una mordida que me hubiera hecho yo de adentro para afuera.

Mis dientes de adentro clavados acá, pero sin que duela.

Demasiado fuerte el olor.

Mentira si digo que es la primera vez. Varias veces lo tuve pero no me puedo acostumbrar.

*(Lava con fuerza, pierde el control.)*

La sangre pegada no la puedo sacar que se vaya a la mierda la puta madre que lo parió.

Como con manchita no me la puedo sacar.

Ya era de mañana, golpearon la puerta, y Rosa que se había quedado roncando sin querer saltó del colchón en bolas como estaba y se metió en un ataúd que teníamos que entregar. Cerrame la tapa me pedía, así con la voz de miedo. Dejé un poquito abierto para que pudiera respirar. Se mordía los labios.

Andaba boleado. Abrí la puerta y lo primero que vi fueron los rulos de Grandote despeinados y moco en la nariz que no le paraba de caer.

Murió nuestro padre. Me lo dijo así.

Yo más boleado. Sin pensar lo quise abrazar.

Ni me toques bobo. Y ahí el llanto se le volvió a atragantar, chillaba agudito.

Se fue corriendo. En la mitad se frenó. Ni te aparezcas bobo porque no te vamos a dejar pasar. Todo agudito. De los rulos como se le bamboleaban mientras corría no me lo voy a olvidar.

Rosa, que había escuchado, ya estaba vestida y me miró que no sabía qué hacer. Me abrazó y me decía al oído que me iba a ayudar. Que ya era de día. Te quiero mucho.

Me dio un beso apurado.

Y rajó.

Y yo que no podía reaccionar.

Me senté en la silla y me quedé así.

¿Cuánto tiempo pasó? Eso yo no sé.

Así sentado se hizo de noche. La panza me avisó que la tenía que llenar. Me levanté, abrí la puerta y respiré. El aire andaba distinto o el distinto era yo. En el cielo había nubes grises que pensé que me traían una señal, mensajes de él. Las nubes armaban una boca gigante de nubes. Un tiempo me quedé mirando. La boca de nubes se empezaba a abrir.

Sentí que algo me tocaba y era manchita, el perro tuerto, que había venido a molestar. Saltaba y no sé qué carajo buscaba conmigo. La boca de nubes se agranda un poco más.

Siento una mordida fuerte acá. Los dientes de Manchita en mi pierna, como un pellizcón. Le meto un piña y lo logro soltar.

La boca de nubes se agranda como si todo el cielo nos fuera tragar. Pienso que es él que se enoja porque no me dejan entrar. El perro tuerto me vuelve a morder, aprieta la mandíbula contra mi carne. Duele jodido. Mareado del pinchazo vuelvo al taller, revoleo la pierna, no me la puedo sacar. Perro deforme que no me quiere soltar. Muerde fulero. Agarro un tablón, se me nubla la vista y no pienso nada más. Sus dientes ahora en mi mano apretando, agujereándome la piel. Hijos de puta que no me van a dejar pasar. Escucho el ruido del tablón. Suena hueco. Ladrido de dolor. No me dejan saludarlo por última vez. Un par de veces. Los brazos me empiezan a temblar.

Me suelta la pierna y lo escucho llorar. Hijos de puta quiero saludarlo. Y yo meta golpear. Ni lo pienso, golpeo así. Llanto agudito de perro cagado y la remera que se me empieza a salpicar. Levanto los brazos con esfuerzo y le doy así. Tomá. Tomá.  
*(Gesto de golpe feroz. Silencio.)*

No se escuchó nada más.

Un rato largo me quede así.

¿Cuánto tiempo pasó? Eso yo no sé.

Me limpié las heridas, eso sabía de los tajos que me hacía trabajando acá. Sentado me quedé hasta que los brazos me dejaron de temblar y ahí enseguida agarré martillo, maderas y clavé.

Hice una cruz.

Lo levanté del piso y lo puse en cajón. Ataúd. Cajón es de verdulería, siempre me decía él. Lo enterré en el patio y me quedé ahí.

Apagué todas las luces y me senté para que pensarán que me había ido y no vinieran a molestar. Escuchaba que llamaban al perro y hasta golpearon la puerta acá. No hay luz dijo bolsa de palabras y después de unos insultos aguditos dejaron de esperar.

Y yo así, sentado con las manos apoyadas acá.

Velorio esa noche tuve.

Lo que había hecho no lo podía creer.

Lloré un momento, no entendía por qué. Si era por lo del perro o era por lo de él.

Después de llorar, el redondel de los ojos se me empezó a agrandar, a hincharse así. Una cosa rara que no había luz pero yo veía lo más bien.

Ahí lo descubrí, no creo que fuera de ese momento pero ahí me avivé.

Veía de noche. Así como el televisor de antes, medio borroso, medio sin color. Como si fueran mis ojos los que sacaran luz.

Eso me salvó. Porque después de lo de manchita no pude salir más, me acusaban de que había sido yo y cada vez que intenté salir tuve que volver a la disparada porque me querían pegar.

Bobo, enfermo, tonto, asesino, deforme, son las cosas que me gritaban esos días cuando alguien pasaba por acá.

De día no salí más.

Pero de noche sí.

Y desde ahí me aprovecho de la situación: ando por la calle y aunque no haya luz veo lo que la gente deja tirado por ahí. Una avivada. Agarro esa mochila, algunas herramientas que puedo necesitar y salgo a buscar lo que dejan por ahí.

Todas las noches lo mismo.

La comida en general siempre se va para el fondo de la bolsa pero por el olor y la forma me doy cuenta si hay algo que me va a beneficiar.

Desde las esquinas veo si hay cosas en los árboles o en los cestos que me pueden servir. Agarro todo: juguetes, sillas, ropa, macetas, cuadernos, libros, hasta un calefón una vez, que se lo cambié a Ibarra, aunque me gritó deforme bien que me lo cambió. Pastel de papa ligué. Otro que se avivó fue Mendizábal, el petiso amigo de Grandote, que me dio una cosa así de queso por un televisor.

Vos mosca que si decís algo de que me viste te hago apedrear. Yo ni le contesté, agarré la bolsa de queso y me mandé a mudar.

Así la mayoría: me esperan a la noche en las ventanas y me chiflan o me llaman con linternas cuando me ven aparecer.



Al tiempo también empezaron a encargar, y algunos, los más jodidos, empezaron a pedir cosas que tenían los demás pero que estaban en los patios o en lugares a los que se podía entrar. Y ahí ya pido más, por una tarta no me voy a arriesgar. A veces las consigo, pero cuando se pasan demasiado con lo que me piden les corto enseguida y les digo que no. No hablo mucho, sí o no. Y lo que pido a cambio. Llego a tener tantos pedidos que muchas veces me queda el encargo a la mitad porque empieza a salir el sol, y si me ven por la calle, aunque me hayan pedido, seguro termino mal.

Siempre esperé que Rosa me pida. Pero no. Y me he parado frente a su casa a esperar. También le dejé regalos de cosas que conseguía por ahí.

Como Rosa no vino por mucho tiempo, pasé las noches así.

¿Cuánto tiempo? Eso yo no sé.

Lo que crece una criatura en la panza.

¿Cuánto es? Yo no sé.

Una noche abro la puerta y estaba sentada ahí. Los ojos negríssimos, redondos, y sin decirme ni hola pasó apurada y se sentó acá.

Boleado me puse. No sabía qué hacer.

Las piernas me temblaron y tuve que apretarme fuerte así con la mano porque me estaba por empapar. De los nervios me pasa. Pero me apreté bien fuerte, respiré hondo y se me pasó.

Ahí me avivé, se había hinchado toda pero la cara le seguía igual.

Como un globo que se había comido y se le hubiera acomodado acá.

Y ella callada con los ojos así.

Volví a hablar. Un montón de cosas dije que ni me acuerdo porque había guardado tantas palabras que del boleado empecé: que juntaba cosas y que le había guardado un reloj que había encontrado, que yo sabía que le iba a gustar, y las palabras me salían así como sopetón, se me pisaban que ni terminaba de hablar me salían otras, y ella que no decía ni mu.

*Sos asesino vos, los ojos apuntando al piso. Me lo dijo así, como era ella, que desde la escuela me decía las cosas sin pensar. Y yo no supe qué contestar.*

*Por eso no vine todo este tiempo. Porque me enojé mucho con vos. Y no fuiste al velorio.*

No me dejaron entrar, dije yo.

Pero vos no fuiste, seguro te hubieran dejado pasar, pero ni lo intentaste. Y me siguió diciendo: Eso fue muy feo, y lo del perro también. Pobre manchita. Los ojos al piso de la vergüenza que le daba lo que había hecho yo.

*Un pensamiento se me cruzó y me agarré otra vez, porque me acordé que él me había contado que los chicos se hacen en la panza cuando uno está meta culiar. Y con ella habíamos culiado y yo no sabía qué decir...*

*Pero como se me ven los pensamientos, ella me lo contestó.*

En ese tiempo lo conocí a Miguel.

Yo no sabía quién era ese que acababa de nombrar.

Freno. Por favor. Freno.

Tu hermano.

¿Grandote?, le pregunte.

No le digas así que es muy feo.

De los nervios se empezó a reír. Después siguió: que esperaban a la criatura, que ya estaba cerca de nacer. Te lo digo por miedo. No quería que te enteres por otro y salieras como loquito por ahí. Que le daba miedo y que no me acercara ni a su casa ni a él.

¿Vivís con bolsa de palabras?

Y otra vez se rió.

Ahí más boleó y me quedé quieto como siempre cuando pasa algo de lo que no sé reaccionar.

Eso era todo lo que te quería decir. Se levantó con esfuerzo porque la criatura ya la estaba por tirar.

¿No vamos a culiar? Le pregunté yo.

Se acomodó el pelo de la cara y me dijo que no, que tuviera cuidado que se sabía que a la noche andaba por ahí.

Cada vez más mugriento vos.

Enfiló para la puerta y yo sin poder moverme. En la puerta me volvió a mirar. Nos quedamos callados hasta que se me vino así. Casi me tira con la panza pelota del envión que agarró. Me abrazó fuerte y bajito se puso a llorar.

Y bajito después dijo: lindo sería que el mocoso fuera tuyo. Muy bajito, entre llantos y mocos que casi no lo escuché. Me mordió el hombro del llanto. Se lo contesté. Y ahí nomás fue para la puerta y desapareció.

Yo que pensé que me iba a quedar así, pero el corazón me empezó a acelerar. Y el piso se empezó a correr de los pies, boleado más que antes, agarré herramientas, la mochila y la salí a buscar.

Boleado andaba.

Se ve que había corrido porque no estaba más.

Acá en la panza, las tripas o algo así, se me empezaron a endurecer. Todo me daba vueltas. Cada vez que pisaba sentía que el piso se me movía.

El corazón me empujaba y yo quería salir a buscar. A encontrar lo que hubiera, las piernas se me empezaron a endurecer.

Endemoniado andaba. No sabía qué hacer. Me costaba respirar. Jodido en serio. Camino rápido. Las piernas duras. Paro. Lo veo acostado ahí en la mitad de la calle.

Negro, lleno de pelos que me miraba así, como que no entendía. La lengua un poco salida. Me mira fijo y apoya el hocico en las patas como aburrido. Como que no me quería ver.

Mírame perro de mierda. Así pensé. Y ni me miraba.

Yo me empecé a acercar. Perro culiado que no me quiere mirar. Vuelvo a chistar. Ni se mosquea. Patas gigantes, pelo enredado y no se por qué lo quiero hacer mirarme.

Ni me mira.

Me acerco un poco más.

Tiro la mochila al piso para ver si reacciona.

Ahora sí. Se incorpora. Un perro gigante cuando lo veo de lleno.

La panza se me pone dura. Los ojos negros que me miran fijo.

Los brazos empiezan a temblar.

Un sonido hago. Me muestra los dientes.

Ni pienso, le salto, lo empiezo a agarrar, quiere zafar, me tira un tarascón. Lo esquivo. La tierra de la calle se empieza a levantar. Grandote de mierda. Quietito quedate.

Lo quiero morder.

Empieza a chumbar. No separamos.

Otra vez sus ojos negros mirándome así. Baja la mirada, gira, parece que se va.

Grandote de mierda. Salto de nuevo. Lo agarro. Le tengo el hocico cerrado, no lo puede mover. Mírame perro culiado. Lo giro para acá. Yo te llamo perro de mierda, mírame acá, te estoy hablando yo, te estoy mirando yo.

Lo apreto fuerte. Empieza a chillar y ahí enseguida, no sé cómo fue, la mochila en la cabeza y lo empiezo a golpear. Con todo.

Tomá. Tomá.

Mientras golpeo grito fuerte. No quiero escuchar los ladridos.

Los brazos me empiezan a temblar.

Tomá. Tomá. (*Repite gesto brutal.*)

Freno.

Mierda soy.

Freno.

Volví para acá, agarré unas frazadas, lo envolví y pesado como era lo enterré atrás.

Me ensucié todas las manos. Pesado.

Los ataúdes que quedaban andaban todos podridos.

Lo enterré así. Ni cruz hice.

Mierda soy.

Sentado toda la noche con las manos así.

El barro entre las uñas, la sangre, un olor.

¿Cuánto tiempo pasó? Eso yo no sé.

*(Mira la sangre)*

Un olor así.

Por eso no sale más.

Toda la sangre que me entró y se me metió para adentro en la piel.

Creció adentro y me empezó a desbordar.

Como cuando de la boca el agua sobra y empieza a caerte de costado.

Se me está escapando por la piel.

Como a ella se le debe haber escapado la criatura, como yo me escapé de la panza de mi mamá, como nos escapamos todos, como después se escapó mi mama, como se escapo ella cuando vino inflada la última vez.

Yo no, igual.

Yo no me escapé.

Yo me quede así.

Sentado acá.

Otra vez me volvieron a insultar, a gritarme cosas cuando pasaban por acá. Pero a la noche me volvían a pedir, lo más tranquilos, hasta empezaron a pedir que me ocupara de los perros de los otros, pero yo de eso ni mu, no lo hago a propósito les decía yo, si me sale sí, pero si no, no. Y la verdad que no me salía y no era algo que me tuviera orgulloso de ser así.

Pero cada vez pasaba un poco más de tiempo sentado acá.

Yo no me escapé.

Tampoco tenía mucho adonde ir.

La verdad hay que decirla como es.

A Rosa la vi. La volví a ver.

Pasó mucho tiempo seguramente, porque ella al chico en la panza no lo tenía más.

Era el día de la patrona, me avivé porque desde la mañana pasaban los autos con las borrachas que no paraban de gritar. En la calle decían: cuidadito que hoy a la noche los vamos a buscar. Se reían y aplaudían. Yo pensé que no iba a salir. Que esa noche no iba a salir. Por protección y porque Rosa que tenía la criatura no iba a andar jodiendo así.

Pero me equivoqué. De repente golpean la puerta. Medio entrecortado como avisaba ella que estaba acá. Ni me moví. Estaba fijado que ella no podía ser.

Ni me moví. Insistió. Para insultarme me habían golpeado pero para otra cosa no.

Volvió a insistir y me dijo, así bajito, dale René, abríme la puerta, soy Rosa, te quiero saludar.

Un boleo. Las piernas que me empiezan a temblar. Ni sabía qué hacer.

Me puse esta remera, un poco me peiné, y no pensé más.

Abrí la puerta y la vi.

Igualita a ella misma, los ojos negros. Flaca de nuevo. Y esta vez de tanta cosa que sentí no hablé. No me salieron las palabras. Por suerte a ella sí. Le brillaban los ojos. Mamada estaba. Los pelos arreglados y una remera que se le veía hasta acá.

Unos melones tenía. Habían crecido. Y ella que siempre me adivinaba se empezó a reír. Por el bebé que le doy la teta. Tendrías que verlo, es igualito a vos.

Y ahí me corrió un frío que me endurecí.

Zarpada como era, enseguida dice: ¿Te gustan? Hoy es la patrona si querés las podés agarrar.

Freno.

Freno.

Freno.

Y yo que seguía con el frío en el cuerpo no le supe qué decir.

Ella siguió: Traje unas amigas. Les conté de vos y te quieren conocer.

Yo ni las había visto. Vestidas parecido, y atrás la más gordita, que en ese momento pega un grito, se saca la remera y me la revolea. Corpiño no había. Y las otras que le empiezan a gritar. Saltan. Los melones que le rebotaban así.

Yo no podía reaccionar. Las piernas se me empezaron a endurecer. Nervioso yo. Que no sé por qué no podía usar mi voz.

Los ojos negros de ella que se me acercaban y le brillaban, pero me avivé. Estaba triste.

Ese grandote la debe tratar mal.

Me volvió a adivinar. No pensés eso ahora.

Tantas cosas quería decirle pero no le podía hablar, como cuando él llegaba a la mañana y yo ni una palabra podía decir.

Rosa me agarra la mano y me la pone así. Agarrá que te extraño. Y me empieza a besar.

Me empuja contra el poste del farol de la luz. Yo duro, el frío no me lo podía sacar. Las otras que se reían. Me muerde los labios, varias veces, chiquito.

Muy bajo me dice:

Es tuyo ese chico pero lo estamos criando bien. Agarrá que te extraño. Se me empieza a colgar. Se saca el gancho del pelo. Y yo con un frío en el cuerpo. Me aplasta contra el poste. El corazón me retumba. Le contesto un mordisco.

Ella se frena y dice: te hice sangrar.

Era verdad, del labio me empieza a salir. Yo trago mientras mete la lengua, la tierra del piso se empieza a levantar. La gorda me hace cosquillas. Se ríen.

Me sangra la boca.

Me voy a desbordar.

Una moto que frena. Ella frena, se da vuelta y lo veo venir. Viene corriendo. Revolea una piedra y le da justo al farol. Revientan los vidrios.

Aparecen Mendizabal e Ibarra y algunos más.

Se me expanden los ojos. Veo borroso.

Veo los rulos. Rosa corre, lo quiere frenar. La empuja con un solo brazo.

Grandote de mierda.

Rosa en el piso me grita, salí. Que me meta adentro. Grandote de porquería. Mierda hay que ser para tirarla a Rosa así.

Empiezo a caminar, le muestro los dientes. Quedamos bien cerca. No lo pienso y le agarro con los dientes el cachete acá. Muerdo con fuerza. Le atravieso la piel. Una piña en la panza. Caigo al piso. Trago polvo. Trago sangre del labio que no me para de caer. Corre Ibarguren, patada en la cabeza acá. Zapatos duros. Grandote también pateo. Se suman otras piernas. Otros zapatos me patean. Un dolor en el pecho. Escucho como una madera que se rompe adentro mío. Me empiezan a martillar. Con los brazos. Piernas. Trago sangre.

Rosa que grita pará.

Asesino. Empiezo a escuchar.

Mataperros, grita la gorda y me empieza a zapatear.

Veo todo desde abajo. Rosa grita: pará.

Siguen martillando. Aparecen más. Patean.

Como madera martillada.

¿Cuánto tiempo pasó? Eso yo no sé.

Dolor en el cuerpo.

Rosa llora. La gorda también. Corren a la moto y no se escucha nada más.

La respiración me cuesta. El aire me falta.

Veo otros pies que se acercan. Un vidrio del piso se me clava acá.

Son muchos pies. Se acercan. El aire me falta.

Muchos pies veo. No los llego a reconocer. Son otros distintos.

Siento un crack atrás. Después dolor.

Empiezan a golpear.

Un círculo a mi alrededor.

Mataperros. Asesino. Deforme.

Y siguen pateando. Escupen. Golpean.

Patean la boca, algún diente se suelta. Lo empiezo a tragar.

No escucho nada mas.

*Se mira la sangre.*

No se escucha nada más.

Freno.

Las palabras no salen más.

9 de octubre de 2014. Bogotá.